

ANTONIO J. CARO

I

La del alba sería cuando el estruendoso toque de diana, repetido por cien clarines en diferentes puntos, resonando por las concavidades de los montes, nos anunciaba que era hora de que cada hijo de vecino tomase su cruz, es decir su fusil, y viniese a formar a la plaza de Pinchote para emprender marcha. Esta marcial advertencia se dirigía no sólo a los hijos de vecino sino a los muchos indios de Chía, Tocancipá, Sopó y otros pueblos que, en alegre y fraternal compañía con los cachacos de Bogotá, militaban en la memorable campaña de 1840.

¡Qué despertar aquel, tan diferente del que un mes antes saboreaba yo en mi casa, tendido en mi tal cual sabroso colchón de lana, oyendo al través de los vidrios de mi gabinete el bullicioso trinar de los pajarillos que me tocaban la diana en el jardín vecino, o el canto de los gallos, tan alegre a la aurora como triste y fatídico a la medianoche! Tiempo en que era yo dueño de esperezarme cuanto me lo pidiese este cuerpo que ahora estaba comiendo tierra y durmiendo sobre la tierra, en la ya citada campaña, y en que podía decir a mis sueños de rosa, como dijo el mártir Lorenzo a sus verdugos: «Volvedme del otro lado!»

Esta madrugada de que vengo hablando —para expresarme con una frase de moda— era la del 24 de diciembre. Nuevos y tristes recuerdos para mí, pobre pepito de aquellos tiempos, que no perdía misa de aguiñado, ni baile, ni buñuelos, ni nada de lo que constituye el sabroso programa obligado del diciembre en Bogotá. Pero ya está visto que el amor de la patria y el espíritu de partido pueden más en un ánimo juvenil que los dulces placeres tradicionales del hogar doméstico y que todos los devaneos y coqueterías de la edad adolescente. El espíritu de partido, como el espíritu de

cuerno de ciervo, como que entontece, embarga y embota la sensibilidad y hace olvidar por un momento los dolores más agudos.

Los cachacos que formábamos la compañía suelta, llamada de *la Unión*, habíamos llegado la víspera, a las siete de la noche, a aquel Pinchote de que he hablado, nombre tan poco sonoro y poético como el de la mayor parte de los pueblos de aquella antigua provincia, y digno de figurar en todo al lado de Togüí, Chitaraque, Cunacua, Mogotes, Culatas, Zapateca, y otros veinte más o menos agrios y desapacibles. Estábamos fatigados a causa de una marcha forzada por sendas y atajos fragosos y llenos de lodo. Marchábamos a pie con diez y ocho libras al hombro, dos paquetes de cartuchos a la cintura y una pobre maleta a las espaldas, en que, más que ropa y avíos, solíamos llevar cañas dulces, guayabas y panelas. Es verdad que en Moniquirá se habían conseguido unas pocas bestias para la compañía, en las cuales, y sobre desvalijadas enjalmas solíamos andar caballeros alternativamente, y que el General Herrán, con su bondad genial, solía desmontarse y ofrecer su caballo a aquel que parecía más agobiado, andando él a pie largos trechos; pero esto no impedía, sin embargo, que pudiera decirse con propiedad que hacíamos la campaña a pie como cualquier soldado de infantería.

Sabiendo que los batallones 1.º y 2.º que llevaban la vanguardia, habían salido la noche anterior con dirección a San Gil, donde se había parapetado el enemigo, nos regocijamos con la idea de hallarnos por segunda vez como actores en un nuevo tiroteo, tal vez en una acción reñida; y a la orden de marcha, y a los primeros rayos del sol, terciando el *chopo* y asegurando bien las alpargatas, comenzamos a bajar a paso de trote la cuesta que conduce al valle del río San Gil. Ya habían llegado a nuestros oídos los ecos lejanos de algunos cañonazos disparados sobre la población y colinas inmediatas, y apresurábamos el paso; pero el ruido cesó por más de quince minutos, y cuando nos hallábamos ya cerca del río, encontramos al General París, que regresaba triste y cabizbajo.

—¿Qué hay, General?, le preguntamos algunos, en aquel tono de familiar franqueza que no podíamos

abandonar ni aun con los jefes, ¿hemos sufrido algún descalabro? ¿Estamos derrotados?

—No, dijo el General con aire afligido, pero hemos perdido un compañero.... ¡Pobre Caro! ¡Acaba de ahogarse!

—¡Cómo! Caro!.... exclamamos todos, agrupándonos alrededor del General. ¿Pues no viene con nosotros?

—Su impaciencia y su destino, replicó, lo había hecho adelantarse desde el amanecer, y llegó a San Gil con el batallón 2.º, a tiempo del tiroteo, que ya terminó. Derrotado el enemigo, nuestra gente ha pasado el río por una *cabuya* improvisada, pues los fugitivos han quemado el puente. Urdaneta y algunos pocos soldados, buenos nadadores, han atravesado el río a nado, y Caro, queriendo imitarlos, sin ser tan diestro como ellos, se lanzó también a la corriente, y ésta lo arrebató, sin que fuese posible darle auxilio.

—¡Infeliz Caro!.... ¡Pobre Antonio! exclamábamos todos, y más de una lágrima asomaba a los ojos de algunos de sus amigos y compañeros. ¡Si siquiera hubiera muerto en el combate!....

Seguimos nuestro camino silenciosos, y desde aquel momento el continuo mugir del río impetuoso y turbulento parecía anunciarnos desde lejos su cólera no satisfecha, y sus amenazas de nuevas venganzas. ¡Cuántos otros de nuestros conmlitones no se sepultaron después a nuestra vista en aquellas ondas turbias y encrespadas!....

Antonio Caro, primo de nuestro insigne compatriota y amigo José Eusebio, era pequeño de cuerpo, pero de un valor a toda prueba, de talento gallardo y despejado, de una instrucción poco común; entusiasta, jovial, sincero, apasionado, poeta!.... verdadero poeta! El sentimiento de lo grande y de lo bello dominaba en el fondo de su carácter, al parecer trivial y festivo. Caro era pensador profundo y escritor vigoroso y elegante. Los pocos números de *La Regeneración*, que redactó en Bogotá, siendo muy joven, revelaron su inteligencia y su juicio precoz. Sus pocas composiciones en verso son de un mérito indisputable; en ellas apenas alcanzó a dejar a la posteridad algunas muestras de su genio privilegiado. Caro murió demasiado pronto para su propia

gloria y para la de su patria, pues apenas contaría veinte años.

Parecía como que el destino de Caro lo llevaba siempre desalado a buscar su fin, y que una mano poderosa lo empujaba, a su pesar, a los peligros, separándolo de sus compañeros de armas. Siempre adelante, siempre activo, no permitía que se le dejase a retaguardia. Cuando la Unión solicitaba que se le permitiese convoyar el parque del ejército, Caro era el autor de la proposición y el encargado de dirigirse al jefe. Cuando se anunciaba la proximidad del enemigo y los montes resonaban con los disparos lejanos de alguna avanzada, el primero que mordía su cartucho y requería el fusil era Caro, aun sin aguardar la orden del jefe: era un subordinado que no respetaba la disciplina.

El era siempre la primera figura del cuadro en todas las escenas más notables de la campaña, el que dirimía las disputas, el que improvisaba versos para las canciones patrióticas de la compañía, el que se reía de la intemperie y se burlaba de las tempestades.

El 6 de diciembre habíamos acampado en la llanura de Tausavita, cerca de Ubaté, y siendo necesario colocar una avanzada que coronase, durante la noche, las eminencias inmediatas al camino, la compañía suministró la gente necesaria para ello. Caro dormía en el llano al lado del que escribe estos borroneos y del inolvidable Manuel Mutis, y habiéndole tocado su turno, después del primer sueño, fue a colocarse en su puesto; pero, abrumado por el cansancio de las primeras y largas jornadas que habíamos hecho, y con las vigiliadas anteriores, no tardó mucho en sentirse vencido del sueño y se sentó sobre una de las muchas piedras que hay diseminadas por la escarpada pendiente.

II

Mientras Caro duerme, me permito una breve digresión. El lector recordará sin duda que en el trayecto de Tausa a Ubaté se encuentran algunas rocas tajadas, a grande altura, semejantes, me figuro, a los acantilados de nuestras costas bravas; y también bloques más o menos grandes, dispersos acá y allá, los mismos que probablemente estuvieron durante muchos siglos sumergidos bajo las aguas lacustres de Cucunubá, que

entonces formaban un solo lago con el de Fúquene, y ambos eran restos del antiguo mar andino que se abrió paso por Tausa, cuando todavía no existía la venta llamada de *doña Martina*. Aquellas rocas elevadas, llenas de agujeros y cuevas donde habitan los pájaros, parecen de lejos las caras de enormes gigantes que ríen o hacen gestos a los pasajeros, y alguno que otro tronco desnudo que se proyecta horizontalmente, saliendo de estas grandes hendiduras, les dan la completa apariencia de fantasmas que están fumando tabaco. Agrégase para completar la ilusión la circunstancia de que las nubes de polvo que levanta el viento, o las nieblas de la mañana, elevándose por sobre las rocas, semejan al humo de los descomunales cigarros.

Se tuvo la idea de poner una avanzada sobre aquellas cimas para defender el camino. ¿Qué habría sido de Caro si, colocado allí, le hubiese acontecido lo que le aconteció en el punto donde estuvo de facción a medianoche? La aventura fue como sigue: Caro dormía, si no profundamente, al menos a media asta, y hacía sus venias y cortesías al compañero de sus fatigas, al fusil sobre el cual estaba apoyado. Pero, mal de su grado, hubo al fin de adormecerse por entero al aproximarse la alborada, y ni su atenta vigilancia ni su pundonor militar y cachaquístico fueron parte a sustraerlo al poder irresistible del sueño. En lo mejor de él estaba, cuando la tierra, de ordinario tranquila y segura mansión del hombre, despertando de su sueño secular, y como diciendo a nuestras tropas, «el que tiene enemigos no duerme», comenzó a moverse bonitamente, y al segundo impulso o remezón perdió nuestro centinela el equilibrio, y, cayendo de cabeza, rodó buen trecho por la pendiente, yendo a dar contra otra piedra, no muy blanda por lo visto, supuesto que le hizo una contusión en la frente.

Hacia tiempo que tenía yo especiales deseos de sentir un temblor de tierra a campo raso, y aquella noche se me cumplieron, pues lo sentí perfectamente; y declaro que, si se exceptúa el crujir de los enmaderados y de las puertas, en lo demás es todo como cualquier otro temblor, y si no se teme el que se venga abajo un edificio, por lo menos se piensa con espanto en que pueda abrirse la tierra y sepultarlo a uno en vida. Esperaba yo ver difundirse la alarma entre las

filas, pero el ejército, que tenía al frente al enemigo, se curaba muy poco de terremotos ni cataclismos, y siguió roncando, como quien dice: aprovechemos la ocasión, que mañana tal vez no se presentará. Cuando desperté yo a Mutis para hacerle notar aquel inusitado ataque, me contestó bruscamente: «Déjame dormir, hombre! ¡qué tenemos con los temblores! Que se caiga la tierra, si quiere», y se volvió del otro lado....

Caro nos refería al día siguiente su aventura, pero ignoraba la causa de ella. Dijonos riendo que soñaba en aquel momento que el enemigo nos atacaba, y que al dispararle éste un tiro a quemarropa había caído muerto. Y agregaba, enseñándonos la contusión: «No dirán que no he sido herido en la guerra».

Ya he indicado que Caro era el primer chicharrón, como suele decirse, en todas las aventuras más o menos importantes de aquella peregrinación patriótica, y hasta cierto punto el alma de nuestra caravana. El 20 de diciembre, después de haber marchado todo el día sin encontrar alimento ni recibir ración, llegamos al anochecer a Cunacua, pueblecillo miserable y desprovisto de todo. Fueron nuestro desayuno aquel día, o mejor dicho, aquella noche, unas cuantas guayabas que nos aguardaban a la vera del camino, a la entrada al pueblo, y que, a la luz del crepúsculo vespertino, cogíamos de los árboles. En tan hambrienta situación nuestra primera diligencia fue dispersarnos en guerrilla por el pueblo para buscar algo más confortable y sustancioso que las desmedradas frutas; pero estando en estas pesquisas llegó a noticia de Caro que tres individuos de tropa habían sido puestos en capilla de orden del General en Jefe, para ser fusilados al siguiente día, uno por desertor y dos por habérseles acusado de un supuesto robo hecho a un vecino del pueblo, y que ascendía a \$ 300. Esto fue suficiente para que nuestro amigo, olvidándose de su hambre y de sus pesquisas bucólicas, corriese desalado, en compañía de algunos de nosotros, al alojamiento del General, y penetrando en él sin rodeos, le expusiese en breves pero enérgicas y sentidas palabras la triste y profunda impresión que aquel acontecimiento nos causaba, e intercediese por estos infelices, tal vez inocentes. «Señor —le dijo, con su gorra en la mano y en ademán respetuoso—: conozco más de un desertor que ha huído como una corza al

oír los rasgueos de un tiple, y el monótono són de un *bambuco*, acordándose de su tierra, de sus conocidos, tal vez de su madre enferma o de sus hermanos menores abandonados....» Este tono de familiaridad se nos disimulaba fuera de las funciones del servicio, a título de *aficionados* y meros *attachés* al ejército veterano, y tal vez en gracia de que en cierto modo nuestra presencia era un estímulo en los pueblos y aun para el ejército mismo. El antifilarmónico jefe se sonrió por entre los bigotes, pero se denegó rotundamente a conceder el perdón, so pretexto de hacer un escarmiento.

Caro se ofreció a ser el defensor de estos hombres y a averiguar la verdad del caso; instó, suplicó, indagó con el acusador, con los testigos, con los amigos de los reos, con las vivanderas o *voluntarias*, y descubrió, en fin, que el robo era una calumnia inventada por un vecino desafecto. Y cuando a las once de la noche había logrado despejar la incógnita, mover el corazón del jefe y restituir estos seres dignos de compasión a su libertad y a su cuartel, volvió al de la Unión a partir con nosotros una negra panela y una yuca asada, que eran nuestra cena deleitosa.

¡Cuántas sensaciones en una sola noche, y qué noche tan feliz fue aquella de Cunacual....

III

Hemos visto que nuestro amigo Caro había sido herido, no, afortunadamente, por arma blanca —o negra, que así llamaba él las armas de fuego—, sino por una piedra, que, en verdad sea dicho, no fue la agresora. Si esa piedra, decía él, hubiera sido arrojada por la honda de un antiguo panche o muisca, en la época bárbara de la Conquista, habría yo salido tan bien librado como salió el Caballero de la Mancha cuando los ganaderos que conducían las ovejas, que él creía ejércitos, lo saludaron con una descarga de peladillas del tamaño del puño, y le vaciaron las muelas.

Al día siguiente de esta aventura llegamos a Simijaca con toda la división, y tomamos cuarteles, como era natural, en la casa de la hacienda. ¿Quién ha transitado por aquella hermosa y rica campiña, sin tributar alguna frase de admiración a esas inmensas alamedas, formadas por mil espesos y rumorosos sauces llorones,

entremezclados con rosales; a esas undulaciones suaves del terreno, cubierto de exuberante pasto; a esas aguas cristalinas que lo riegan; a esas verdes colinas con incrustaciones de rocas, que parecen fortificaciones naturales? Los campos de Simijaca podrán tener rivales, tal vez en Inglaterra o en Suiza; pero superiores en belleza y en fertilidad, me parece muy difícil que los haya. En la Exposición Universal de Londres habrían podido figurar con aplauso, como una muestra de lo que es esta nuestra tierra de bendición.

Don José María Domínguez, dueño entonces de este condado, que tal pudiera llamarse, resto del cuantioso patrimonio que había heredado de sus padres, nos recibió con el agasajo y cordialidad de un huésped noble y caballeroso, que conoce los usos del mundo y a quien es familiar el trato de la sociedad culta, y su casa fue puesta a nuestra disposición, sin reserva alguna. Nos instalamos cómodamente en aquel antiguo y sólido edificio, especie de castillo feudal, construido por el lego capuchino fray Domingo Petrez, de gloriosa memoria entre nosotros, edificio a que daban cierto aire novelesco sus portadas medio góticas y sus torres laterales. El señor Domínguez, con esa afabilidad natural, que contrastaba singularmente con una arrogante fisonomía romana, se complacía en enseñarnos las mil curiosidades que había reunido en su gabinete, explicándonos, ya el origen o ya el uso de muchas de ellas. Flechas, arcos, macanas y otras armas y utensilios de los antiguos dueños de aquella tierra; ídolos de barro o de oro, trabajados por medio de procedimientos hoy desconocidos; ricas esmeraldas dentro de sus morrallones, mantas, coronas y *guayucos* formados de bellísimas plumas; y en fin, un precioso museo ornitológico, cuya descripción científica publicó más tarde, y con el cual obsequió después a don José I. París, quien a su turno lo regaló al Museo de Bogotá.

Aquella noche y todo el día siguiente permanecemos allí, tan gozosos y bien hallados que ni siquiera nos acordábamos del enemigo a quien perseguíamos, y que sólo distaba de nosotros dos leguas. Habíamos olvidado completamente las fatigas y penalidades de los días anteriores.

Ya queda ponderado arriba el entusiasmo de Antonio Caro por todo aquello que la naturaleza ofrece a

la vista del observador atento, y que, saliendo de la línea de lo común y vulgar, arrebató por su novedad al poeta y al artista; así que, el día siguiente, en vez de quedarnos en los corrales y alrededores de la casa, presenciando la dolorosa ejecución de varias reses inocentes que eran conducidas al sacrificio para racionar nuestras tropas, Caro y algunos otros de sus compañeros nos instalamos en el gabinete o museo del señor Domínguez, y nos solazamos una gran parte del día examinando, preguntando y haciendo comentarios sobre todas y cada una de las cosas que nuestras manos profanas tocaban.

Aquí era una hacha de piedra finísima que suplía los instrumentos de hierro, metal que no conocían los indios; allí una vasija de elegante forma egipcia; acá una gargantilla de *fuches* o caracolillos que, al rozarse unos con otros, formaban un ruido agradable a los oídos de las coquetas muiscas; allá un cinturón o brazalete formado con huesecillos de pescado, y adornado con escabajos y plumas de colores varios.

Al caer de la tarde fuimos a sentarnos a la orilla del arroyo que rodea la casa, y después de consumir parte de nuestra ración vespertina, que consistía en un pedazo de carne a medio asar, pan y panela, complementando esta no muy opípara refección con el agua del arroyo que tomábamos a la rústica, trepamos por una de aquellas eminencias que dominan la casa y el llano. Excusado es pintar el cuadro de aquel campamento con sus mil variedades y accidentes: ¿Quién no ha visto esas escenas animadas, o no ha leído su descripción? Otra cosa más interesante reclamaba nuestra atención en aquellos momentos: sentados sobre una roca saliente y cubierta de musgo, a guisa de antiguos guerreros escoceses, unos cuantos jóvenes con blusas de bayeta, alpargatas y sombreros de paja, oteábamos con más o menos avidez aquellos contornos, cuando Caro dijo:

—No me queda duda de que este mismo peñón en que estamos ha sido el teatro de sangrientas tragedias, de que apenas queda memoria. Me parece que veo aquí al terrible Nemequene, el Napoleón del imperio misca, insaciable conquistador, quien en tres días consecutivos deshizo las huestes de los ebatées, los susas y los simijacas, extendiendo sus dominios hasta los confines de Muzo. ¡Aquí!... aquí mismo donde están mis pies

ha debido correr la sangre de muchos infelices indígenas, tal vez del mismo cacique Simijaca, dueño de esta tierra, quien opuso una resistencia obstinada.

—Pero aún es más interesante el recuerdo del posterior combate librado en estos lugares entre los mismos simijacas, los tausas y susas con el Capitán Juan Céspedes y sus gentes, si no me engaño — dijo uno de los que allí estábamos.

—Sí, ese recuerdo es de ayer: de mediados del siglo XVI poco más o menos. ¡Qué encuentro tan formidable! Juan Céspedes, enviado por el conquistador Hernán Pérez desde Bogotá, con sus infantes, que eran muy pocos, sabía que los *rebeldes* se habían fortificado en gran número en estos mismos peñones, y quiso sin pérdida de tiempo, desalojarlos de sus posiciones, después de haber destrozado otra chusma en el boquerón de Tausa. Figurémonos por dónde hallarían esos barbarotes de españoles acceso fácil a esta eminencia erizada de rocas.

—Creo que yo solo, con un palo, dijo otro de la partida, sería capaz de derrotar desde aquí un ejército aguerrido.

—Sin embargo, arremetieron con espada en mano, trepando como ardillas, por allí.... ¡Sí! Por allí debió de ser, miren, ustedes.... Me parece que los veo, con sus descomunales tizonas y anchas botas, desgarrados los vestidos, la cabeza descubierta. Una nube de piedras y dardos los cubre. El ardoroso Alonso de Olaya avanza adelante.... nada lo detiene: llega con los suyos, fuerza el reducto.... caen sobre él agrupados un enjambre de indios, y a los fieros golpes de sus macanas lo hacen doblegarse y se derrumba por este despeñadero.

—¡Atención, camaradas!, dijo un tercero: el que tenga orejas que oígal! Puede que no tarde en ofrecerse una ocasión semejante!

—Poco faltó, continuó Caro, para que pagase con la vida tanta temeridad; pero quiso su buena suerte que al caer quedase enredado en la maleza y ramas de aquellos arbustos que están allí....

—¿En esos mismos?

—¡Pudiera ser! ¡Aún subsisten los cedros del Líbano y los olivos de Getsemani! Pero si no son éstos, serían sus antepasados.

—No salió, sin embargo, muy bien librado, añadió otro interlocutor que conocía esta historia: que quedó cojo de resultas del golpe y herido en la cara con su propia espada, la cual, sin embargo, no soltó de la mano.

—Y por eso lo llamaron desde entonces el Cojo Olaya, con cuyo sobrenombre se le conocía después.

—¿Y saben ustedes cómo nombran las historias y la tradición este punto en que estamos ahora nosotros? El *Salto de Olaya*, en memoria de tan atroz hazaña.

Parecía Caro en aquellos momentos como inspirado, y que, absorto en una visión, ensayaba improvisar alguna oda o elegía, evocando los manes de Olaya, de Céspedes, Suárez Deza, Gutiérrez, Barranco y demás esforzados tenientes que hicieron el gasto en aquella inaudita jornada.

Al descender de las fortificaciones que habíamos tenido el gusto de visitar, no en ruinas, sino tales como eran hace trescientos años, algunos de los que allí estábamos quisieron, por vía de entretenimiento, simular el ataque y la defensa de simijacas y castellanos, y poco faltó para que tuviésemos también un segundo Cojo Olaya, y tal vez más que cojo, pues uno de ellos rodó por la pendiente y estuvo a pique de perder la vida, quedando muy estropeado.

Bien entrada ya la noche, y cuando comenzaba a dominar en los alrededores de la casa y en medio de la oscuridad la roja luz de algunas hogueras encendidas por los soldados para asar la carne, regresamos a nuestros cuarteles, y después de pasar lista nos dividimos en grupos, unos a contar sus aventuras, otros a examinar sus mugrientas camisas para limpiarlas de la gente *non sancta* que hubieran podido adquirir en el contacto diario con los ciudadanos armados, y durmiendo muchas veces en las mismas cuadras en que éstos dormían.

IV

Pasamos una noche tan buena como la mejor que puede apetecerse en campaña, y envidiable si se compara con las penosísimas que pasamos después, durmiendo al raso, tiritando de frío o sudando de calor, picados de los alacranes, acosados por los mosquitos,

chiribicos y chinches, hostilizados por las niguas y *yayas*, sufriendo la inedia cruel, la sed devorante, el insomnio y cuantas incomodidades puede imaginar el lector práctico en estas aventuras.

Nada notable ocurrió en los días subsiguientes hasta el 15 en que, habiendo llegado a Sutamarchán y recibido orden de seguir al Socorro por Moniquirá para reunirnos con el resto de la división, por haberse también reunido las fuerzas del enemigo, que estaban divididas, llegamos al Valle de Jesús, o del *Santo Eccehomo*, llevando la vanguardia. Este pueblecito miserable tiene un convento de dominicos, abandonado hace muchos años. Las dos palabras *convento* y *abandonado* ¡cuántas ideas despiertan en el ánimo romántico, y cómo pican y estimulan la curiosidad del poeta y del novelista! Ese par de vocablos remueven en la imaginación y traen aparejado todo aquello de musgo, de parásitas, de silencio, de ruidos misteriosos, de pasos que resuenan en las bóvedas, de construcciones derruidas, de largos y oscuros corredores, de lagartos y ranas, de murciélagos y buhos que habitan en las grietas de las ruinas. ¿Cómo no entrar, pues, con pie ansioso y con cierto respeto involuntario, en aquel edificio, construido en el punto mismo donde se dividieron los conquistadores que vinieron por el Opón y los primeros religiosos dominicos? Caro fue el primero que penetró en él, y lo recorría solo a largos pasos, buscando por todas partes alguna inscripción, algún cuadro, alguna cosa que le diese luz sobre el origen, fundación e historia de aquel cadáver abandonado a la intemperie. Agregábase para aumentar la lóbreguez natural del convento la circunstancia de hallarse solo el pueblo, pues a nuestro paso huían por dondequiera y de todas partes, los vecinos como los labradores, temiendo las obligadas visitas domiciliarias de los *militares*: cosa muy natural en estas pobres gentes, que tiemblan

Quando asoman a lo lejos
De un cuello colorado los reflejos.

Ni alcaldes, ni curas, ni sacristanes, ni alma viviente encontrábamos en las poblaciones de menor cuantía; así que nos apoderábamos de las casas solitarias para el solo efecto de pasar la noche bajo de techado, pero

respetando, eso sí, los lares de nuestros huraños huéspedes. Los fogones estaban fríos, las cocinas desiertas, y mucho era sí en un oscuro rincón de una enramada se hallaba una negra cazuela, un calabazo sediento, o media olla que registraba un gato desheredado y huérfano. Pero nuestra buena fortuna nos llevó a una casilla de regular apariencia que, a trasmano de la población y a pocos pasos del convento, se hallaba. El que en ella habitaba era una persona de buen aspecto que, no contagiada con el miedo cerval de sus convecinos, y no teniendo por qué temer, había permanecido allí para recibir a unos huéspedes de quienes no se sabía que entrasen a saco a las poblaciones y haciendas. Cuando llegué yo, estaba el buen anciano repartiendo entre los de la Unión que se habían presentado primero, una cajeta redonda de conserva de Vélez, y un buen medio queso, y lo hacía con una gracia y cordialidad tales que quedamos más encantados del obsequiante que del obsequio, que no es poco decir. Allí mismo se hizo la visita de digestión, que no era posible aplazar para más tarde, y, despedidos la mayor parte de los conserveros, sólo quedamos allí unos tres o cuatro, entre ellos Antonio Caro, prolongando agradablemente nuestra conversación.

Un cuarto de hora hacía que estábamos departiendo en sabrosa plática cuando comenzamos a oír tiros de fusil, a cien varas de distancia. El primero no nos alarmó porque creímos que se habría salido el tiro a algún recluta, cosa que sucedía con mucha frecuencia, y que en Chiquinquirá nos iba costando caro a más de cuatro, pues nuestro compañero Gaviria dejó caer el fusil en el corredor de la casa donde estábamos agrupados, y la bala pasó por entre las piernas de todos, por fortuna sin hacer el menor daño. Pero cuando se repitieron una segunda y una tercera detonación, salimos precipitadamente. Era que nuestros compañeros estaban tirando al blanco, no teniendo otra cosa mejor en qué distraerse, y habían puesto por meta sobre una gran piedra una pequeña *totuma* que había suministrado un soldado del 3º, bien seguro como estaba de que nada le sucedería a esta preciosa alhaja. Más de diez tiros se habían hecho y el blanco permanecía inmóvil: pero, a tiempo que nosotros llegábamos, hacía su puntería nuestro malogrado y excelente amigo Juan Hines-

trosa. Con pulso firme y cara risueña miró por un momento la *totuma*, y, halando el gatillo, salió la bala y en su camino se la llevó, haciéndola mil pedazos, de los cuales no aparecieron sino dos o tres a larga distancia. La cara que puso Sancho cuando se le perdieron las alforjas no sería más graciosa que la del soldado cuando vio volar por los aires su *totuma* agujereada que llevaba siempre sujeta a la cintura. Más de cuatro reflexiones haría él, si era capaz de reflexionar, sobre la suerte semejante que podía tocarle a él mismo en esta guerra.

Estimulado Caro por aquel lance, que habíamos aplaudido a estilo de teatro, con ruidosas palmadas y bravos, tomó su fusil, lo examinó, y mientras ponía el cebo, dijo: «Que me llamen a don Guillermo Tell y a don Pascual Bruno, que quiero darles la segunda lección. Búsqüenme un blanco más pequeño que el que había». Se buscó una *totuma* más pequeña, pero no pudo hallarse; por fin la suerte deparó en una tienda abandonada un frasco que había estado lleno de agua de Colonia hacía algunos años, y que servía de adorno en los estantes.

—Que lo pongan acostado, dijo uno, para que le meta la bala por la boca.

—No puede ser, dijo cándidamente el que lo traía, porque tiene el corcho muy ajustado. Y colocó el frasco sobre la piedra.

Retiróse el tirador a veinte pasos de distancia, y, haciendo una cuidadosa puntería, cuando guardábamos todos profundo silencio, soltó el tiro.... Nada! fue la exclamación unánime. Sin embargo, la bala se llevó una astilla de la piedra, a dos dedos de distancia del blanco. Pidió permiso Caro para hacer un segundo tiro y se le concedió; y cuando ya tenía el fusil preparado, dije yo en alta voz:

—Una botella de champaña a que no aciertal....

—Convenido! dijo riéndose, seguro como estaba de que si perdía no se vería obligado a pagarme el tal champaña, pues por allí no se conocía ni aun de nombre.

Al segundo tiro, el frasco voló también hecho menudos fragmentos....

—En Bogotá arreglaremos cuentas al día siguiente de nuestro regreso, le dije.

—Para allá me la guardes! me contestó con un tono que no se me olvidará jamás, y tendiéndome la mano. ¡Qué pronóstico!... No pude pagar mi deuda al pobre Caro.

La competencia duró hasta el anochecer, y ninguno otro fue tan feliz como nuestros dos amigos. Nos consolaba de esta derrota y de nuestra poca destreza la idea de que en la guerra todo buen cristiano debe tirar al montón, y no a persona determinada, a no ser en defensa propia.

Durante el rato que habíamos estado conversando con el anciano de la conserva, nos informó éste de mil pormenores curiosos sobre la fundación del convento. Era hombre de talento natural y de cierto gracejo, e interrogado por Caro sobre este asunto, nos dijo que la iglesia tomaba su nombre de la bellísima imagen del Santo *Eccehomo* que en ella se veneraba, la cual había sido traída a estos reinos, según rezan las crónicas, por un tal Juan de Mayorga, soldado de Carlos V, que se halló en el memorable saco de Roma en 1527, y, bien por devoción, bien por amor al arte, la salvó de la destrucción en aquella jornada. Su nieto, del mismo nombre, soldado del Adelantado don Alonso Luis de Lugo, vino con él a la conquista de estos países, y tuvo encomiendas en tierras de Vélez, siendo una de las haciendas que le tocaron la que cedió por los años de 1620 para la fundación del convento, cuyo templo está dedicado al apóstol San Bartolomé.

—Ahora recuerdo haber leído en el historiador Zamora, interrumpió Caro, ser creencia muy recibida la de que este apóstol fue el primer misionero que visitó la América, según todas las tradiciones de los antiguos aborígenes.

—Lástima es, dijo uno de nosotros —probablemente el más despreocupado— que este edificio no se haya convertido en casas, que darían otro aspecto al pueblo.

—Ese es el sueño dorado de algunos habitantes de las grandes ciudades, que se hacen la ilusión de tener hermosas casas en donde hoy hay conventos, y aun de poder fundir, para ayuda de gastos, algunas de las al-

hajas y vasos sagrados, que dizque no sirven sino para el culto idólatra (1).

—Pero confiese usted —dijo el mismo despreocupado que había tomado la palabra— que los conventos afean las poblaciones y como que no las dejan progresar.

—A esa reflexión opondré yo otra, en que ustedes tal vez no se han fijado, y no lo liago por fanatismo o superstición, sino como una simple observación curiosa. Noten ustedes que en nuestro país la mayor parte, si no todos los pueblos donde hay conventos suprimidos o abandonados, o caminan a su decadencia, o se hallan estacionarios. Pueden citarse, entre otros, la Villa de Leiva, las ciudades de Tocaïma y Muzo, Guaduas, Cartagena, la opulenta Cartagena, Panamá, que no obstante su posición privilegiada, parece como que se detiene a cada paso en su marcha de progreso; y, en fin, otras varias poblaciones que, o fueron en otro tiempo, o pudieran ser al presente, de mucha consideración.

Entablóse con este motivo una discusión sobre las causas que hubieran podido concurrir a esta decadencia; discusión que el prudente viejo supo cortar hábilmente, y que sería inoportuno reproducir aquí.

Supimos de su misma boca que era natural de Girón y pariente muy lejano del doctor Eloy Valenzuela, del modesto sabio granadino, el amigo íntimo y colaborador de Celestino Mutis, cuyos importantes trabajos científicos se perdieron, juntamente con los del mismo Mutis, por la rapacidad del expedicionario Enrile (2).

—El nombre de Valenzuela, dijo Caro, habría sido citado por Linneo, como el de Mutis, y conocido en Europa, si las circunstancias políticas de nuestro país y España, en los primeros años de este siglo, no hubieran acallado toda otra voz y eclipsado toda gloria que no fuera la de las armas.

Dijonos cómo el doctor Valenzuela se había consagrado desde su juventud, no sólo a trabajos botánicos

(1) Y dicen que no hay que creer en sueños!...

(2) Hoy resucitados y puestos por el Gobierno español a disposición de nuestro ilustre compatriota Triana, por solicitud de nuestro Ministro Holguín.

y geológicos, sino que durante el tiempo que fue cura de Bucaramanga enseñaba a sus feligreses varias industrias útiles y había logrado establecer por sus propios esfuerzos, pequeñas fábricas de tejidos excelentes, tales como alemaniscos y otras telas, de las cuales mandó en varias ocasiones muestras al Rey de España, que fueron muy estimadas y aplaudidas.

—¡Y que un hombre como éste fuera vilmente asesinado por robarle dos o trescientos pesos y algunos miserables objetos de plata labrada, que era todo lo que poseía! exclamó Caro.

—Sí, señor, y el santo varón no quiso denunciar a sus asesinos, aunque los conoció muy bien. Ni aun siquiera se dejó examinar las heridas. Créese generalmente que esta resistencia tuvo por objeto evitar que le vieran los cilicios de que estaba cubierto su cuerpo.

Al día siguiente quiso Caro despedirse del convento antes de partir, y me invitó para que lo acompañase. A la luz de la mañana no nos pareció tan lóbrego: es un edificio regular, todo de cantería, con sus cuatro claustros, hospedería, hermosa huerta, y todo el servicio necesario. Husmeando por aquí y por allí, hallamos dos o tres retratos ininteligibles, con inscripciones no más claras que ellos, y con no poca fatiga logramos descifrarlas. Una de ellas decía, en sustancia: «El V. P. fray Diego Valderas, nieto de uno de los conquistadores de Venezuela y Nuevo Reino de Granada, que vino con Nicolás de Fredemán». Otra decía: «El V. P. fray Diego Beltrán Pinzón, descendiente de aquellos jamosos pilotos Pinzones que descubrieron la América con el Almirante Cristóbal Colón, y que, navegando de Norte a Sur, atravesaron la línea equinoccial y registraron el río Marañón, al que llamaron Mar Dulce».

Pasamos al refectorio, impregnado todavía con cierto olorcillo a pitanza y al humo de la cercana cocina, y sólo hallamos en él digno de notarse una inscripción latina que para nosotros era un epigrama: decía en la testera: *Sic edat ut semper esuriat*, que Caro, mejor cachifo que yo, tradujo: *vuestro apetito no se acabe con vuestra comida*, máxima sabia de San Jerónimo, que, de grado o por fuerza, habíamos tenido que observar los «Uniones» durante varios días; consejo irrisorio para los pobres frailes que no tendrían en su convento sino una escasa pitanza; y chistoso epigrama para

nosotros en aquella situación, más que cenobítica, franciscana.

El lector me reconvendrá porque entro en estos por menores, al parecer insignificantes; pero piense que por ser *apuntes* curiosos, y por haberlos escrito en mi cartera *sur le champ*, deseo naturalmente consignarlos en alguna parte para que no se pierdan. ¡Qué sé yo si alguna vez podrán ser útiles a alguno!

La víspera de partir dispusieron los jefes que una parte de nuestra compañía marchase para Tunja y la otra siguiese con el ejército para San Gil. Tuvimos, pues, la pena de separarnos aquel día de algunos de nuestros compañeros, cuyos nombres quiero dejar aquí escritos, como un testimonio del dolor que me causó su separación inesperada, y fueron, por orden alfabético, y a estilo parlamentario, Bonis Carlos, Castillo José María, Escobar Melitón, Gómez Sergio, Pardo Patricio y Vallarino Tomás.

Pero en compensación habíamos tenido el placer de abrazar el día anterior a nuestros amigos Vicente Daza y Rafael Ponce, que se habían quedado en Zipaquirá, y que, llenos de ardor, y anhelando partir con nosotros las fatigas y los peligros, se nos habían ya reunido.

Ese mismo día había llegado también José Eusebio Caro, y, como suele decirse, a horas de chocolate, pues se halló en el tiroteo del *Paso de los Cristales*, que tenía lugar en esos momentos. El no pertenecía a la compañía de la Unión, pero se incorporó al ejército sin admitir grado ninguno. Venía en un buen caballo, en traje de *orejón*; pero nosotros no lo vimos hasta la noche, y de la manera más extraña. La escena merecía un cuadrito, y, en efecto, Castillo lo bosquejó con lápiz. Manuel Mutis, Comandante del batallón 2.º, que vestía todo de rojo, andaba aquella noche dando vueltas por entre las hogueras que habían encendido los soldados: era la imagen de Satanás. A su lado vimos a otro hombre que conversaba con él, lleno de animación, y, acercándonos, reconocimos a Caro que, con una chupa verde, grandes zamarros de piel de cabra y enormes espuelas que brillaban con el reflejo de las hogueras, parecía otro diablo, que hablaba con Mefistófeles para urdir algún plan siniestro.

En la marcha del día siguiente, viéndonos andar a pie, dejó su caballo, y siguió con nosotros, pero con-

servando siempre sus zamarros y espuelas, que le estorbaban para caminar. ¡Cuántos abrazos y apretones de manos le dimos!

La mayor parte de los jóvenes que formaban esta lucida compañía cívica viven aún; muchos de ellos recibieron una excelente educación, y podrán —y aun deberán— escribir sus apuntamientos para ilustrar la historia de nuestras guerras civiles, o por lo menos están en aptitud de ratificar o rectificar lo que aquí dejo consignado, y que brevemente pude apuntar en mi cartera de viaje, escribiendo ya sobre una caja de guerra, ya sobre una piedra, al pie de un árbol, o a la luz de las fogatas del vivac.